

ron los mas notables Fulrado, el abad de San Dionisio, y Tasilo, el duque de los bávaros, que teniendo entonces catorce años, como Carlos, el hijo mayor de Pipino, pues ambos habian nacido en el año 742, hacia entonces sus primeras armas.

El camino seguido esta vez por Pipino no fué el mismo que el adoptado en la campaña anterior; el Saona fué atravesado cerca de Chalons y el Ródano cerca de Ginebra, y pasando por la Saboya llegó la hueste al valle de Maurienne, desde donde, como la primera vez, pasó el monte Cenis y el valle de Susa sin que los longobardos trataran de impedirlo, contentándose con aguardar al enemigo en su propio territorio.

El duque Liutprando de Benevento, que con sus fuerzas habia regresado á su ducado despues de haber el rey levantado el sitio de Roma, se hallaba en su capital en el mes de junio cuando ocurrieron los choques entre los francos y los longobardos á la salida de los desfiladeros, donde estos últimos aguardaron á sus enemigos detrás de sus fortificaciones de campaña. Tampoco estuvo entre ellos su rey Aistulfo, que se habia quedado en Pavía, acaso para proveer mejor á su defensa, porque no parece que tuviesen él ni sus magnates otra idea mas que la de esperar el ataque de los francos en el camino, en territorio longobardo, y encerrarse despues en Pavía. Esta vez, sin embargo, los francos no desembocaron por la carretera, sino que entraron en el territorio longobardo atravesando las montañas á derecha é izquierda del camino por senderos angostos, donde pocos hombres les podrian haber rechazado haciendo rodar sobre ellos grandes piedras. Así fué que mientras una parte del ejército franco simulaba un ataque de frente contra los longobardos, se vieron éstos atacados súbitamente por la espalda por enemigos procedentes del lado Norte y probablemente tambien por el opuesto. Los longobardos, al verse así sorprendidos y rodeados, buscaron su salvacion en la huida, y los francos, sin tener baja alguna por su parte, mataron muchos de ellos en la persecucion (1) y destruyeron sus fortificaciones. Los longobardos que escaparon se encerraron como la primera vez en Pavía, sin intentar siquiera disputar al enemigo ni el paso del Po, ni el del Tesino, ni atreverse á llamar á los francos hácia el Nordeste, donde les podrian haber ocupado desde las ciudades fuertes de Mántua, Verona, Treviso y Trento hasta que la falta de víveres, el clima y las epidemias hubiesen dado cuenta de ellos obligando á los últimos á retirarse, como les habia sucedido en el siglo vi cuando les condujo allí Childeberto II. Los godos se habian sostenido casi durante treinta años en muchas plazas fuertes contra las fuerzas bizantinas mandadas por Belisario y Narsés, con los cuales por cierto ni Pipino ni ningun otro franco podia medirse como general. Si Aistulfo hubiese tenido por capital á Roma ó Rávena, los francos no habrian logrado jamás acabar con el poder longobardo en Italia, porque como casi todas las tribus germánicas, salvo las que habian inmigrado en los países escandinavos y los vándalos en Africa, no tenian afición al mar, ni de consiguiente escuadra alguna, hasta que Carlomagno empezó á hacer construir algunos buques, aunque no para emplearlos contra los longobardos.

Hallándose Pipino con su ejército camino de Pavía, alcanzó Gregorio, primer secretario de la embajada bizantina, á la cual se habia adelantado á toda prisa para tratar con él en ausencia del enviado del papa, que se habia quedado con los embajadores bizantinos en Marsella. Allí supieron que Pipino se hallaba ya con sus fuerzas victoriosas en territorio longobardo. Gregorio, al avistarse con Pipino, le instó por

(1) *Fred.*, I, c.

metiéndole grandes sumas á restituir á Rávena y otras plazas, ciudades y castillos del exarcado al emperador. Pipino, fuese por motivos religiosos, como su devocion sincera á San Pedro (2), ó fuese por no lastimar los intereses políticos del imperio franco, para el cual era preferible la creacion de un Estado territorial pontificio al robustecimiento del poder bizantino en Italia, se negó á aceptar las proposiciones del embajador, diciéndole que habia emprendido la campaña no á favor de persona alguna, ni siquiera á favor del papa, sino por amor á San Pedro y para alcanzar el perdon de sus pecados; y añadió que todos los tesoros del mundo no le harian faltar á lo que habia ofrecido á San Pedro. Con esta negativa volvió el embajador á Roma y desde allí á Constantinopla. Pipino cercó á Pavía tan estrechamente que nadie podia entrar ni salir, y Aistulfo no tardó en declararse dispuesto á someterse al juicio de los francos y de los obispos (3). De esta expresion del continuador de Fredigaro se ha querido inferir que Pipino hizo gracia á Aistulfo de la vida y de su reino, y, admitido esto, que Aistulfo se habia sometido á Pipino en la paz de 754 en calidad de súbdito y vasallo; pero estas son suposiciones, porque el hacer gracia de la vida y del reino es una expresion que el continuador de Fredigaro usa igualmente al hablar de la primera paz, cuando Aistulfo y sus longobardos eran un pueblo positivamente independiente del imperio franco sin sombra de vasallaje.

El fallo de los magnates y obispos francos, es decir, de los que formaban parte de esta campaña, condenó á Aistulfo á entregar al vencedor la tercera parte del tesoro real que guardaba en Pavía, presentes mas valiosos que dos años antes, y además rehene, y á prestar los debidos juramentos de cumplir con las condiciones de la paz anterior, relativas al papa y al rey y á los grandes francos, renunciando á toda desobediencia y rebeldía y enviando cada año por medio de una embajada el impuesto que desde mucho tiempo pagaban los longobardos al rey de los francos (4). Este impuesto, que se cita tambien repetidas veces en pasajes anteriores, habria sido pagado eventualmente por algunos jefes longobardos fronterizos, y hasta por algun rey suyo (5), pero en ningun pasaje se menciona como perenne, en cuyo caso habria implicado evidentemente una condicion de sumision y vasallaje. La *Crónica* de Moissac, que es del siglo ix, dice, hablando del año 754, que el impuesto fué fijado en 5,000 sueldos anuales, en lugar de 12,000 á que llegaba antes.

Hecha la paz, regresó Pipino otra vez á Francia, quizás en agosto, y sin haber sufrido su hueste ninguna baja, ó tenido solo bajas insignificantes (6). Tampoco esta vez fué á Roma, pero dictó disposiciones para asegurar mejor el cumplimiento de las condiciones de paz. Fulrado fué el encargado de recibir de Aistulfo, personalmente, á Rávena, Narni, el castillo de Comachio (*castrum Comiacum*) y todas las demás ciudades y lugares estipulados ya en el primer tratado de paz, de certificar la entrega y de entregarlos á su vez á San Pedro, es decir, á su representante el papa. En su consecuencia, Fulrado, acompañado de comisarios de Aistulfo, se presentó

(2) O el miedo de excitar contra sí al papa, y exponerse á la ira de éste y del príncipe de los apóstoles.

(3) *Fred. cont.*, I, c.

(4) *Fred. cont.*, c. 120, I, c.

(5) *Greg. Tur.*, X, 3. - *Fredig.*, c. 43 y 45.

(6) Quizás cae en este año, y despues del regreso del rey, el sínodo de Verberie (departamento de Oise, distrito de Senlis), que tomó importantes acuerdos relativos al matrimonio, que en una capitulacion ó decreto (*Monum. Germ. hist. Leg.*, I, adiciones 22 y 23; Oelsner, páginas 270 y 455) fueron elevados á ley pública. *Fred. cont.*, c. 109. Solo Burchard en su coleccion de cánones hace constar la asistencia del rey á este sínodo.

en todos los puntos indicados, haciéndose entregar las llaves de las poblaciones, juntamente con rehene, y despues, acompañado de las personas principales de las diferentes poblaciones, se dirigió á Roma y depositó las dichas llaves con el acta de donacion de Pipino sobre el sepulcro de San Pedro, haciendo de esta manera entrega de todo al príncipe de los apóstoles y á sus sucesores, como propiedad perpétua suya (1).

Suceso fué éste de consecuencias trascendentales. No solamente unió al poder espiritual del pontificado el dominio temporal y divorció irremisiblemente al obispo de Roma del imperio de Oriente, reduciendo el dominio bizantino en Italia á un exiguo rincón en el extremo meridional de la península y aniquilando el poder longobardo, que sin Rávena y Roma no podia existir, sino que impuso á los emperadores francos, y despues á los alemanes, con el deber de proteger el patrimonio de San Pedro y á los sucesores de éste, el derecho y la obligacion de mezclarse en las cosas de Italia para defender la creacion de Pipino ya contra los enemigos exteriores, los longobardos y bizantinos, ya contra los interiores, como la nobleza y el pueblo de Roma, que no tardaron en mostrarse descontentos de su soberano eclesiástico. La creacion del Estado de la Iglesia provocó la intervencion de naciones extranjeras, de francos, alemanes, españoles, franceses y austriacos en los destinos de Roma y de toda la Italia, bien que no fué este suceso la causa única de las desgracias de Italia, como ha dicho Maquiavelo. ¿Cuántos cambios en los destinos de los pueblos ocurrieron en los 1114 años que existió esta creacion política de Pipino, defendida por los descendientes de los francos contra los de los longobardos y contra los demás italianos, hasta que cayó bajo el poder de un rey de Italia que bien puede ser considerado como un sucesor de Aistulfo y que, devoto católico como éste, mereció del sucesor del papa Estéban epítetos que éste aplicó en sus cartas á aquel rey longobardo!

El papa Estéban era hombre de Estado demasiado sagaz para no apreciar toda la importancia de su victoria diplomática (2).

Poco despues del arreglo, en diciembre del año 756, murió Aistulfo en la caza, arrojado por su caballo contra un árbol, desastre que el clero franco (3) explicó como un castigo de Dios bien merecido. El papa Estéban mostró con este motivo una alegría poco cristiana en una carta escrita en marzo ó abril del año 757 (4). En ella elogia agradecido á Pipino, llamándole otro Moisés y otro radiante rey David; pero de Aistulfo dice: «Aquel tirano, adepto del demonio, chupador de la sangre de los cristianos, destructor de iglesias, ha caído muerto por la mano de Dios y sido precipitado en lo mas profundo de los infiernos.»

Los longobardos eligieron por rey, en lugar de Aistulfo, á Desiderio, duque de Toscana, siendo de suponer que esta eleccion fuese hecha bajo los auspicios del papa y del abad Fulrado, el consejero de mas influencia de Pipino, aunque los cronistas francos dicen que los longobardos, como vasallos del imperio franco desde 754 ó 756, fueron á buscar expresamente el consentimiento del rey Pipino y de los magnates francos.

Antes, sin embargo de hacerse esta eleccion, habiase apoderado del trono longobardo el hermano del difunto Aistulfo, llamado Ratchis, que se habia hecho monje, pero que al tener noticia de la muerte de su hermano, se habia evadido de su convento. Ratchis ocupó el trono con el auxilio del

(1) *Vita Stephani*, pág. 171.

(2) *Cod. Carol.*, ep. XI, págs. 61-67.

(3) *Fred. cont.*, c. 122.

(4) *Cod. Carol.*, ep. XI, págs. 61 y 64.

numeroso partido que encontró dispuesto á su favor, y se sostuvo en Pavía desde diciembre de 756 hasta marzo de 757 contra su competidor Desiderio. El papa, auxiliado por el incansable abad Fulrado, no menos hábil diplomático, supo explotar admirablemente aquel conflicto en beneficio del poder temporal; porque antes de emplear el peso de su autoridad espiritual para volver á hacer ingresar en su convento á Ratchis y antes de que Fulrado prometiese la intervencion del poder franco á favor de uno de los dos pretendientes, arrancó de Desiderio en cambio de su apoyo una serie de notables ventajas. El representante del papa cerca del longobardo fué en esta ocasion su hermano Paulo, diácono, que despues le sucedió en la silla de San Pedro. Fulrado y Rodberto representaron cerca de Desiderio al rey Pipino. Desiderio prometió paz y amistad y la cesion á Pipino, á fin de que éste las entregara al papa, de un gran número de ciudades, bosques y territorios, como Faenza, Imola, Ferrara, Ancona, Osimo, Umana, y por fin, á consecuencia de nuevas instancias, tambien Bolonia. A Pipino prometió fidelidad al imperio franco, y solicitó los buenos oficios del papa para establecer relaciones amistosas con el rey franco. Convenido todo esto por escrito, firmado por Desiderio, envió el papa al sacerdote Estéban, que despues fué el papa Estéban III, en compañía de Fulrado como representante de Pipino á Ratchis para intimarle que volviera á su convento, amenazándole en caso de desobediencia con unir su fuerza armada como soberano temporal á la de Desiderio. No fué menester llegar á este extremo, porque Ratchis, intimidado ante tantas amenazas espirituales y temporales, volvió á su celda, y Desiderio entregó al papa sin dilacion á Faenza con el castillo de Tiberiacum, todo el ducado de Ferrara y la ciudad de Gavello. De este modo, el hábil y sagaz sucesor del sencillo apóstol deshizo el reino lombardo, y al dar parte de todo á Pipino en su carta, despues de manifestar su gratitud en términos calurosos, solicitó su auxilio armado si fuera menester para obligar á Desiderio á cumplir todas sus promesas (5). Al propio tiempo elogia y con razon al abad Fulrado y tambien á Desiderio, para el cual solicita la benevolencia de Pipino, como igualmente para los duques de Benevento y Espoleto. El de este último ducado se llamaba Alboino y habia sido elegido poco antes, bajo los auspicios del papa y de Fulrado. A juzgar por el lenguaje del papa en esta carta, suplicando á Pipino que dé «sus órdenes» á Desiderio, no era éste un simple vasallo, sino que todo el reino longobardo, por lo menos en concepto del papa, era una dependencia del imperio franco (6).

El eminente diplomático que ocupaba la silla de San Pedro abrigaba temores de que las relaciones entre el rey franco y el emperador bizantino condujeran paso á paso á una inteligencia demasiado íntima entre los dos soberanos, lo cual no entraba de manera alguna en el interés del papado, cuyos dominios temporales habian sido arrebatados al imperio bizantino. Las embajadas y proposiciones que el emperador enviaba á Pipino infundian recelo al papa, y por tanto instó al rey á no concertar nada con «el griego» que pudiera perjudicar á la Iglesia católica, antes bien á cuidar de que ésta, libre de todos sus enemigos y de «la malignidad pestífera» de los griegos, recibiera todo lo que constituía su propiedad. La suspicacia del papa le impulsó hasta pedir á Pipino que le comunicara sus negociaciones con el enviado de Constantinopla y le enviara copia de su contestacion á la carta del emperador, «á fin de que, —dice,—podamos proceder de

(5) *Cod. Carol.*, ep. XI, 62 y 63.

(6) (*Desiderio*) *obstantando admonendo etiam et precipiendo dirigere juibeas*, I, c. pág. 65.

acuerdo, conforme he convenido con Fulrado, tan querido de Dios.» El abad Fulrado era el agente poderoso y constante de la alianza entre Pipino y el papa, y merecedor de todas las mercedes con que este último le agasajó. Los cuatro decretos siguientes del papa á favor de Fulrado son con toda probabilidad documentos legítimos, aunque algun autor haya expresado dudas sobre su legitimidad, basándose en algunas singularidades que ofrecen (1). En estos decretos concede el papa á Fulrado personalmente, y no á sus sucesores en la dignidad abacial de San Dionisio, el uso de escarpines papales y de la mantilla como solo el papa podía usarla sobre la silla de su cabalgadura (2); luego concede al mismo abad y á sus sucesores el derecho de fundar en todo el imperio franco, en territorio del mismo monasterio, ya sea propiedad antigua, ya recientemente adquirida, monasterios nuevos bajo la jurisdicción directa del papa, y de designar seis diáconos que podrán usar como los de Roma una dalmática en lugar de estola en las ceremonias del culto; y finalmente concede á Fulrado para mientras viva el hospicio ú hospital anexo al sepulcro de San Pedro, que antes habia pertenecido «al monje Ratchis» (hermano del rey Aistulfo), y además una casa cerca del monasterio de San Martin, en Roma (3).

La carta últimamente citada fué la postrera que el papa Estéban II escribió al rey Pipino, su amigo y protector, pues murió poco tiempo despues, siendo sepultado su cadáver en 26 de abril en la basílica de San Pedro. Sucedióle en el gobierno de la Iglesia su hermano Paulo I, en abril de 757, y vivió hasta 28 de junio de 767.

Paulo I notificó á Pipino la muerte de su hermano y su propia elevación al pontificado en una carta escrita entre 26 de abril y 29 de mayo (4), diciendo en ella que deseaba retener en Roma al embajador de Pipino, llamado Imo, hasta su consagración, que se verificó el 29 de mayo. En esta carta habla ya el nuevo papa como soberano temporal de acuerdo con «sus optimates.» Al primer tiempo de su pontificado pertenece también una carta dirigida al rey Pipino por el senado y pueblo de Roma, «de esta ciudad que Dios ha salvado,» en cuya carta se manifiesta agradecimiento, se enaltece al rey y se expresan no solo sentimientos de fidelidad al papa, sino también deseos de que el rey dé las órdenes necesarias para llevar á cabo el ensanche de aquella «provincia,» es decir, del Estado de la Iglesia (5).

El rey franco habia llegado á ser el soberano en cuya mano estaban los destinos de la península apenínica, donde ni el emperador de Oriente ni el rey de los longobardos tenían ya influencia ni autoridad política fuera del terreno que ocupaban, si bien el reino longobardo se sostuvo todavía diez y ocho años. Los duques de Benevento y Espoleto cuya sumisión á los reyes de los longobardos, solo habia sido real y verdadera durante períodos muy cortos (6), buscaron por la mediación del papa la amistad de Pipino.

Hay que hacer justicia á la moderación de Pipino y de toda su familia, que en esto se distinguía muy mucho de los merovingios, codiciosos de todos los territorios que poseían

(1) Jaffé, en su primera exposición de las *Re gesta pontificum*.
 (2) Ambas prendas eran imitación de las análogas que solo los emperadores bizantinos tenían el privilegio de usar.
 (3) El hospicio y la casa servían probablemente de alojamiento para los propietarios, y sus amigos y criados en Roma. Véase Migne, páginas 1013 á 1018.
 (4) *Codex Carol.*, ep. XII, pág. 67.
 (5) Ep. XIII, págs. 69-72.
 (6) Pues aunque el papa Paulo I dice en su carta que el duque Alboino de Espoleto habia prestado juramento al papa y á Pipino (*in fide S. Petri et vestra sacramentum*), no hay que entender este juramento como de sumisión y vasallaje.

otros. Pipino habria podido agregar al imperio franco en 754 y 756 todo el territorio longobardo si hubiese querido, como quiso hacerlo Childeberto II aliándose para ello con el emperador de Oriente, pero sin llevarse esta idea á cabo. Pipino, muy lejos de tener esta ambición, dijo mas adelante al papa que viviese en paz y buena inteligencia con Desiderio, como estaba decidido á hacerlo también por su parte (7).

Faltaba corresponder, como exigía la costumbre de aquella época, á la embajada enviada en 756 por el emperador, y con este objeto Pipino envió sus embajadores con ricos presentes á Constantinopla. El emperador Constantino V volvió á contestar á su vez con otra nueva embajada, que entre los presentes que el emperador enviaba al rey Pipino, era portadora de un órgano, instrumento que entonces en Francia no era conocido. Los embajadores fueron recibidos por Pipino en Compiègne en el año 757 (8). La iniciativa de estas relaciones corresponde, pues, con toda probabilidad á la corte de Constantinopla, y el asunto principal de las negociaciones entre los dos soberanos, en cuanto podían interesar al papa, versaban sobre bienes pertenecientes al papa personalmente en el territorio bizantino de Italia, probablemente en el Mediodía de la península. Es difícil que se trataran cuestiones dogmáticas entre los dos soberanos; pero el papa dirigió al emperador una exhortación en este sentido, y se aseguró el apoyo y auxilio de Pipino para el caso de que estallaran nuevas discordias entre el papa y los bizantinos por motivos religiosos. La amistad entre el emperador y Pipino que tanto alarmaba al papa no tuvo consecuencias, porque los intereses de ambos soberanos eran completamente distintos, y en Italia hasta opuestos, desde que el enemigo común, el reino longobardo, habia cesado de ser peligroso, y el rey franco habia fundado y sostenía el Estado de la Iglesia á costa del imperio bizantino.

En la gran asamblea de los francos en el campo de Marzo de Compiègne, en 756, los enviados del papa trabajaron á favor de Desiderio, que entonces se apoyaba todavía enteramente en el papa y en los francos, á los cuales debía su victoria pacífica sobre Ratchis. Asistió también á la asamblea y prestó su juramento de vasallaje en la forma acostumbrada el joven duque de los bávaros Tasilo (9), y lo mismo hicieron los magnates bávaros. En la misma asamblea fué promulgada la capitulación que elevaba á ley los acuerdos del sínodo relativos al matrimonio, según expondremos mas adelante al tratar de la constitución interior de la Iglesia del imperio franco (10). En el documento que Crodegango de Metz extendió en el citado sínodo concediendo inmunidades al monasterio de Gorze, encontramos como firmantes, además de Crodegango, los siguientes preladados, asistentes al sínodo: Adalfrido, de Noyon, Lupo, de Sens, Fulcaro, de Tongern-Lieja, Vulframo, de Meaux, Heriveo, de Besanzon, Megingauda, de Wurzburg, Eusebio, de Tours, Ando (ó Eddo), de Estrasburgo, Leodening, de Bayeux, Sidonio, de Constanza, Deofrido, de Paris, Sadrio, de Angers, y otros cuyas diócesis no se citan. El monasterio habia sido fundado por el mismo Crodegango, como ya hemos dicho antes, con el asentimiento de Pipino, que aprobó también el privilegio en 23 de mayo de 757.

En este tiempo cae probablemente la primera aparición de los piratas normandos en las costas de la Galia, pues á ellos se supone que alude Bugovino, obispo de Kent (759-762), en una carta dirigida á Lull (11), en la cual dice: «En los últi-

(7) *Cod. Carol.*, ep. XXXIX, pág. 37.
 (8) *Fred. cont.*, c. 123. *Euch. annal.*, 757.
 (9) *Annal. Laurissens.*
 (10) *Capitulare (Decretum) Compendiense*; ed. Boretius, I, pág. 37.
 (11) Jaffé, III, ep. 115, 277.

mos años, — (esto es, entre los años 755 y 762) — han sido asoladas las costas de Inglaterra y de la Galia por malvados. En efecto, pocos años despues los normandos llegaron á ser para ambos países una plaga terrible.

En el mes de agosto del año 757, hallándose el rey Pipino en su palacio de Attigny, concedió inmunidades al monasterio de Nantua á instancias de su abad Siagrius (1). Celebró las pascuas de Navidad y de Resurrección en Corbey, cerca de Laon (departamento del Aisne). A fines del año 757, probablemente en esta última residencia, nació su hija Gisela, cuyo padrino fué el papa Paulo I, que así lo habia prometido á su hermano y predecesor. Paulo I, á la sazón ausente, recibió por conducto de Bulardo, abad de San Martin de Tours, el paño en que fué envuelta la criatura despues de bautizada. «De esta manera (2), — dijo el papa despues en su carta, — la hemos sacado en cierto modo personalmente de la pila bautismal.» El paño llegó á manos del papa cabalmente cuando se estaba efectuando con grandísima solemnidad la traslación del cuerpo de Santa Petronila, hija del apóstol San Pedro, encerrado en su sarcófago de mármol, en cuya cubierta su padre, el mismo apóstol San Pedro, habia esculpido con su propia mano estas palabras: «Aurea Petronila, amadísima hija.» Los restos de la santa, según el papa Estéban II habia prometido á San Pedro, fueron trasladados á una capilla construida expresamente para este objeto en la basílica del apóstol (3).

El papa se apresuró á valerse de su nuevo parentesco espiritual para pedir al rey Pipino que mandase dar cumplimiento á lo que reclamaba San Pedro con justicia, como habia pedido ya en idénticos términos en la carta (XIII) del senado y pueblo de Roma; porque Desiderio se mostraba moroso en cumplir sus promesas, quizás por haberse convencido de que su cumplimiento implicaba el suicidio del imperio longobardo. La carta de Paulo I, escrita á principios del año 758, dice que hasta entonces nada de lo prometido se le habia entregado y que, muy al contrario, los longobardos continuaban mostrándose hostiles y pérfidos como de costumbre.

No habiéndose consolidado la amistad entre el emperador de Constantinopla y Pipino, en parte por causa del papa, que habia hecho cuanto buenamente habia podido para que tal amistad no llegara á tener efecto, trató el emperador de entenderse con el rey longobardo á pesar de la antigua enemistad que existía entre la corte bizantina y el pueblo longobardo. Ya en otra ocasión, cuando el conflicto iconoclasta, esta enemistad no habia sido obstáculo para que los dos adversarios dirigieran sus armas contra el papa, su enemigo común. Esta vez no solamente el papa era el enemigo común, sino que también lo era y en mayor grado el rey de los francos, que habia creado el Estado temporal de la Iglesia á costa del imperio bizantino y de los longobardos. La aproximación de estos dos poderes tenia por objeto la reconquista del exarcado de Rávena para el primero y el reparto entre los dos del Estado de la Iglesia. En una carta de cuyo contenido solo nos ha conservado una corta nota el *Codex Carolinus* (ep. XV, 74 y 75), por estar la citada carta ya muy deteriorada cuando se compuso la colección, expone el papa sus

quejas y tribulaciones, y hace saber á Pipino que Desiderio habia concertado con Georgio, el mismo enviado imperial que antes habia estado en Francia sin resultado, que el emperador enviaria á Italia un ejército para apoderarse de Rávena, de la Pentápolis y de Roma, en cuya empresa Desiderio le ayudaria con sus longobardos. A esto añade que diariamente ocurrían encuentros armados seguidos de saqueos en las fronteras, por todo lo cual el papa solicitaba auxilio contra los longobardos.

Despues de leer esto, causa grande asombro la carta siguiente, en la cual el mismo papa Paulo I escribe á Pipino suplicándole con vivísimo interés que satisfaga el deseo del rey longobardo, que se hallaba entonces en Roma en gran paz y amistad con el papa y solicitaba la restitución de los rehenes que el rey retenía todavía en Francia, en cuyo caso Desiderio entregaria sin dilación la ciudad de Imola al pontificado. La explicación de esta carta, modelo de astucia y falsedad diplomáticas, es la siguiente: Desiderio habia tratado, como era su deber, de reducir con las armas á la obediencia á los duques rebeldes de Benevento y de Espoleto; y la hueste longobarda, á su paso por el territorio de la Pentápolis, habia cometido las depredaciones de costumbre. Fuera de esto, era indudable el derecho del rey longobardo para castigar y reducir á la obediencia á aquellos duques aunque hubiesen, lo que es dudoso, prestado homenaje y juramento de fidelidad al papa y al rey franco, y éstos los hubiesen admitido como vasallos, siéndolo también Desiderio. El papa no pudo, pues, negarse á complacer á Desiderio, comunicando y recomendando sus deseos á Pipino, y así lo hizo en la citada carta (n.º XVI), en la cual alaba mucho á su recomendado; pero como sus intenciones no eran éstas, sino que se proponía reducir á Desiderio á la impotencia, envió á Pipino por el mismo portador de aquella carta otra segunda y secreta (XVII), en la cual le conjuraba á no dar oídos al rey longobardo y á proceder contra él mismo. En esta segunda carta habla el papa de otras dos que decia haber escrito y que probablemente habian sido interceptadas en territorio longobardo. Esto podría haber ocurrido sin duda, pero en ocasión posterior el rey Desiderio se contentó con hacer volver atrás á un mensajero del papa (ep. XXXVI, página 127).

En la carta primera, escrita á solicitud de Desiderio, dice el papa, entre las acostumbradas frases bíblicas y palabras del mismo Jesucristo: «Nuestro excelente hijo el rey Desiderio se ha acercado en paz y gran humildad al umbral de la morada de los apóstoles, y hemos conversado sobre lo que convendría al bien de una y otra parte. Ha prometido restituírnos la ciudad de Imola bajo la condición de que te enviáramos mensajeros con la súplica de devolverle los rehenes, de confirmar la paz y amistad entre nosotros, y de concederle también tu amistad.» En la carta secreta, sin embargo, habla el papa así: «Te dí conocimiento de las impiedades y atrocidades que Desiderio ha cometido en este país, y he retenido aquí á tu enviado Rodberto á fin de que viera todas las maldades de los longobardos y la conducta de su rey.» Despues pasa á referir lo que Desiderio habia hecho para someter á los dos duques rebeldes, y el plan convenido en Nápoles entre el rey longobardo y el emperador, representado por Georgio, plan consistente en atacar con sus fuerzas unidas á Rávena y hacer que el emperador lograra así todos sus deseos, «lo que Dios no permita;» una escuadra de dromonas imperiales debía apoderarse al propio tiempo de Otranto. «De los dos ducados vino el rey á Roma y se presentó á nos. Vanos fueron todos mis ruegos para que nos entregara las ciudades que por escrito y con juramentos nos habia prometido en Toscana (entre el mes de diciembre de 756 y mar-

(1) Bouquet, V, 703; *monasterium Natradis ó Nantuadis*. En la colección de Pertz, *Leg.*, I, 223 (Capitulaciones de Ludovico Pio de 817).
 (2) *Cod. Carol.*, ep. XIV, 73.
 (3) *Vita Stephani*, I, c. Nada prueba que San Pedro hubiera estado en Roma ni que hubiese muerto en esta ciudad, si bien no tiene esto nada de imposible, ni tampoco ha podido probarse lo contrario, como suponen los protestantes. Lo cierto es que la Iglesia católica lo cree desde el año 150 de nuestra era aproximadamente.